

Vocabor Franciscus
La llamada universal a una conversión ecológica

GERMÁN SCALZO
Universidad Panamericana–México

*El llamado poder del hombre sobre
la naturaleza resulta ser, en realidad,
el poder ejercido por algunos hombres sobre otros hombres,
utilizando la naturaleza como instrumento.*

C. S. LEWIS

Si quieres promover la paz, protege la Creación.

JUAN PABLO II

Con la publicación de *Laudato Si*, se reavivó el interés respecto de la ecología y el cuidado del medio ambiente. La ecología tiene que ver con la interrelación entre los seres vivos y su entorno. El hombre ocupa un lugar central en la Creación; aunque su relación con la naturaleza se tornó conflictiva cuando se impuso una actitud parcial y utilitarista, fruto de la racionalidad que emana de los modos de producción y consumo modernos, y que supone además un alejamiento del plan divino. El problema ecológico es en realidad un problema antropológico, pues «cuando se ignora el plan divino del Creador, se pierde la verdad de la naturaleza humana».¹ Así, una visión integral de la ecología requiere una ampliación de la racionalidad humana,² impulsada por la verdad y la caridad, que restaure la armonía con la naturaleza, con el Creador y con la comunidad humana universal. En definitiva, se trata de una verdadera *conversión ecológica*.



La ecología como problema económico

La vida del hombre se desarrolla en interacción con un entorno que le viene dado, pero su adaptación a este no es necesaria, sino libre, a diferencia de la de los demás seres creados. Mientras que los animales no pueden más que atenerse a las dinámicas propias de su especie, el hombre puede —posibilidad que en su caso es también un imperativo— decidir la manera de relacionarse con dicho entorno, lo cual le otorga una dignidad especial en la Creación.³ Este modo especial de relación que tiene el hombre con la naturaleza depende de su cultura y de su historia: «la cultura es el modo humano de estar en el mundo. El hombre no está en el mundo como lo está el animal; más que adaptarse al medio en el que vive, adapta el medio a sus necesidades, lo transforma, lo moldea. Para ello cuenta con dos instrumentos de los que no dispone el animal: *manus et lingua*».⁴ Así, las manifestaciones básicas de la cultura —y, en cierto sentido, lo propio del hombre— son la palabra y la técnica.

De lo anterior se deduce que el hombre no vive inserto en la naturaleza, sino que crea su propio mundo, en un primer momento de manera espontánea y vital, aunque luego agrega la reflexión, con lo que da origen a la economía y a la política. Para simplificar, podríamos considerar la primera como el ámbito de los medios, y la segunda como el de los fines, dejando de manifiesto la necesaria dimensión ética que de ello se deriva. Por esto mismo, «el problema ecológico es siempre para el hombre, la naturaleza sólo camina de un equilibrio a otro, en función del impacto de la acción humana».⁵ La economía es el saber más práctico y antiguo, puesto que, desde tiempos arcaicos, los hombres han tenido que *sacar su vida por delante* con los medios que tenían entre manos; así, se dio origen a una relación muy especial con la naturaleza, fuente de innumerables recursos.

En líneas generales, se pueden distinguir tres grandes etapas en los grupos humanos del mundo antiguo, las cuales acusan progresivamente una mayor posesión del hábitat natural: en la primera, las personas se dedicaron a la caza y la recolección; en la segunda,

al pastoreo o a una agricultura incipiente; por último, la tercera se caracterizó por la aparición de la artesanía y el comercio. Las dos primeras se desarrollaron en comunidades pequeñas, cuyas economías (llamadas «de subsistencia») están basadas en el autoabastecimiento, en la tradición y la confianza. Es un tipo de economía visible que no apunta más allá de lo estrictamente necesario para vivir, por lo que los *bienes de lujo* no tienen cabida.

La aparición de las ciudades hizo posible una mayor división social del trabajo sustentada en la necesidad común y, con ello, el surgimiento de la artesanía y el comercio, así como de la filosofía. Los primeros filósofos fueron conscientes del peligro que este cambio suponía para el bien común,⁶ que básicamente tenía que ver con la *recta medida del deseo*, a lo que ofrecieron una solución fijando los límites naturales de la actividad económica. La artesanía introduce una fuente de ganancia que no solo depende de la naturaleza, sino también de la invención humana, que supera la mera necesidad para explorar los siempre nuevos horizontes del deseo. En el comercio, como muestra Aristóteles,⁷ puede darse el caso de que se busque la ganancia como un fin en sí mismo, lo que es condenado por el Estagirita como *antinatural*,⁸ ya que atenta contra la unidad de la *polis*. En ambos casos se apela a una subordinación de la técnica a la ética.

El célebre economista John Maynard Keynes ha afirmado que «desde los tiempos más antiguos de los que tenemos datos, que se remontan a unos 2000 años a.C., hasta principios del siglo XVIII, el nivel de vida del hombre medio, que habitaba en los centros civilizados de la tierra, no experimentó ningún cambio importante».⁹ Sin embargo, el entorno intelectual que precedió al nacimiento de la llamada *economía política* supuso un cambio radical en la comprensión de la relación del hombre con la naturaleza. El giro epistemológico que realizaron Bacon y Descartes al afirmar que el sentido del conocimiento no estaba en conocer la verdad o en perseguir la vida buena, sino en el dominio de la naturaleza sin condiciones,¹⁰ abre el camino para una producción económica al margen de la política o la moral.



La autonomía de la economía respecto de la moral se cristaliza a finales del siglo xvii con la propuesta de Adam Smith, construida sobre tres elementos básicos: la acumulación privada de riqueza, el mercado como proceso de asignación de recursos y la racionalización del proceso productivo. La actividad económica se constituye como «una megamáquina o proceso impersonal, y autorregulado de creación de riqueza, cuya finalidad es la transformación de esa misma sociedad»,¹¹ en lo que la empresa moderna ocupa un lugar central. Nos enfrentamos a un nuevo modo de organizar no solo la producción y el trabajo, sino también la propiedad y la misma sociedad.

Precisamente con la aparición de la empresa moderna, aparece el problema ecológico en su máxima amplitud. Hasta entonces, los ritmos artificiales eran más débiles que los procesos naturales, de manera que el ambiente ecológico se autorregulaba con facilidad. Las llamadas revoluciones industriales y la consolidación de las factorías, o lugares donde se realiza la producción, fue posible gracias al principio de *división técnica del trabajo*, que Smith expone en su famoso ejemplo de la fábrica de alfileres.¹² Como se mencionó ya, la división social del trabajo existe desde la misma aparición de las ciudades; la división del trabajo en el seno de la empresa es de otro tipo: su naturaleza es técnica; su objeto es la maximización de la eficiencia y, en última instancia, del beneficio económico. Esta actitud es engañosa, pues se suele considerar materialista, cuando en realidad se corresponde con un peculiar espiritualismo: «el dinero es lo que más se parece al espíritu humano desencarnado; por eso medir la acción humana sólo por la eficacia en la “obtención de dinero” es lo más contrario a la realidad de espíritu y cuerpo que constituye al hombre y lo integra en la naturaleza».¹³

La producción se torna entonces impersonal y descontrolada, pues su fin (el beneficio económico) no tiene término natural; a una producción descontrolada corresponde un consumo similar, como afirma la ley de Say: «la oferta crea su propia demanda». El paradigma moderno de producción requiere una multiplicación incesante

de deseos y ciclos cada vez más cortos para su supervivencia, de ahí que se haya puesto de moda el *reciclar*, algo que alivia la conciencia de los individuos modernos, pero que esconde la aceleración del consumo y reafirma el funcionamiento de la economía como si fuera un *ciclo natural*, cuando en realidad es artificial, resultado de las acciones y decisiones humanas. En este ámbito,

se extiende la desoladora creencia de que sólo el capitalismo aporta soluciones, aunque más bien se niega la existencia de problemas y conflictos, insistiendo en que si cada uno se encierra en su privacidad, todo acabará por arreglarse. Se niega la necesidad de la política y la ética, del recurso a la conversación y la búsqueda de lo excelente, propio de la vida pública, para centrarse en la rutina de lo privado.¹⁴

Se llega así al «núcleo central del moderno problema ecológico: el desarraigo del hombre respecto de su medio natural que es la comunidad política».¹⁵ El principal problema ecológico —como veremos en el próximo apartado— no es, como se cree comúnmente, el progresivo maltrato a la naturaleza y su progresivo agotamiento para sostener la maquinaria de producción y consumo, sino la pérdida de dignidad moral que ello supone para el hombre. Mientras que el modelo de hombre que sustenta el capitalismo (el llamado *homo oeconomicus*) antepone su propio beneficio al bien común, «el hombre cultivado —como afirma Schiller— hace de la naturaleza una amiga, enalteciendo su libertad y poniendo un freno a sus caprichos».¹⁶

La ecología como problema ético

En los años noventa, se popularizó un libro de Frances Cairncross titulado *Green, Inc.*, en el que se presenta la importancia de encarar los problemas ecológicos con mentalidad empresarial, considerándolos una nueva industria y, por tanto, una nueva oportunidad de negocio. A finales de esa misma década, Michael Porter y Mark



Kramer invitaban a las fundaciones filantrópicas a pensar estratégicamente cómo aprovechar los recursos naturales para agregar valor social, y a «medir la caridad» y sus resultados¹⁷. Estos ejemplos ponen de manifiesto la imposibilidad de nuestros tiempos de llegar a la raíz de los problemas, pues la ecología no es un problema técnico, sino moral, y como tal requiere soluciones enmarcadas en ese orden.

Señala Miguel Martínez Echevarría que «la ecología es una ciencia que estudia la totalidad y cointegración de las relaciones que constituyen el ecosistema, pero que surge con ocasión de la acción del hombre sobre la naturaleza y en ese sentido tiene al hombre como centro».¹⁸ En efecto, «el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social».¹⁹ No obstante, cabe redefinir el alcance de esta postura, tal como Antonio Ruiz Retegui esboza en las siguientes proposiciones: 1. la naturaleza no es producto de la acción humana; 2. la naturaleza es para el hombre; 3. la ley de la relación del hombre con el mundo no es solo racional, sino natural; 4. el hombre no se considera responsable absoluto del bien del mundo (de lo cual se deriva que la solución a los problemas no es solo técnica);²⁰ 5. el hombre, al estar constituido como criatura esencialmente mundana, ha de defender su propio lugar, su propio entorno como ámbito cálido y personal.²¹

La perspectiva ética emerge necesariamente como consecuencia de la posición del hombre en el ecosistema de lo real. Una ética realista y completa debe incluir bienes, normas y virtudes,²² elementos todos que contribuyen a la perfección de la persona y al logro de su fin último: la felicidad. El primer principio de la razón práctica es buscar el bien y evitar el mal, aunque a veces el hombre no logra distinguir con claridad entre los bienes reales y los aparentes.

Los bienes fundamentales son categorías primeras para el razonamiento moral que concretan este primer principio y se captan a partir de las inclinaciones naturales del hombre. Además de los trascendentales del ser (bien, verdad, belleza y unidad), entre los bienes fundamentales se encuentra la autoconservación y la

transmisión responsable de la vida, así como las relaciones fundamentales del hombre con su entorno: respetuosidad, sociabilidad y religiosidad.²³ La respetuosidad se refiere a la relación digna, expresada como un dominio respetuoso, del medio ambiente o, en términos generales, con la *ecología ambiental*. La sociabilidad se refiere a la relación del hombre con sus semejantes, y la religiosidad a su relación con Dios Creador. En su ensayo de filosofía moral «La justificación del bien», el filósofo Vladimir Soloviev²⁴ realiza un excelente y original desarrollo de la relación entre estos elementos fundamentales. Para este autor ruso,

esta triple relación es un hecho: estamos de hecho sometidos a lo absoluto, como quiera que lo llamemos; también somos de hecho iguales a los otros hombres según las características fundamentales de la naturaleza humana, y somos solidarios con ellos en el destino general de la vida por medio de la herencia, la historia y la vida en común; exactamente igual, poseemos de hecho una esencial superioridad sobre la creación material. Así pues, *la tarea moral sólo puede consistir en el perfeccionamiento de lo dado*.²⁵

Dicho perfeccionamiento se convierte en una misión para el hombre, la cual lo interpela a conocer y realizar el bien, «el bien en su sentido pleno, que incluye también el concepto de felicidad o de satisfacción, se define definitivamente como un orden moral real, que expresa el deber ser absoluto y la relación absolutamente deseable con todo y de todo con cada uno».²⁶

La dignidad humana no es un absoluto, como pretendió erigir la Modernidad (por ejemplo, Immanuel Kant), sino que comparece cuando el hombre *se ubica* en el lugar que le corresponde en el orden de lo real y perfecciona su naturaleza. «Cada hombre individual, en cuanto persona, tiene la posibilidad de la perfección, o sea, de la infinitud positiva, precisamente en la capacidad de entenderlo todo con su razón y de abrazar todo con su corazón, o de entrar en una unidad



viva con todo» y de ahí se deriva la dignidad y el valor de la persona humana, así como el fundamento de sus derechos inalienables.

Cabe destacar que dicha tarea es en su sentido profundo ecológica, pues «la realidad de esta perfección está condicionada por la compatibilidad de todos, y no puede ser propiedad personal de cada uno *tomado por separado*, sino que cada uno se la apropia por medio de la interacción con todos».²⁷ De las tres relaciones fundamentales se derivan unas actitudes determinadas:

El principio real del perfeccionamiento moral consiste en los tres sentimientos fundamentales, presentes en la naturaleza humana y que forman su virtud natural: en el sentimiento del *pudor*, que protege nuestra dignidad superior respecto a los ataques de las inclinaciones animales; en el sentimiento de *compasión*, que nos iguala intrínsecamente con los otros; y por último, en el sentimiento *religioso*, en el que se expresa nuestra vocación al Bien supremo.²⁸

A la postre, estos sentimientos expresan la interrelación que existe de forma intrínseca en el orden creado, y resaltan la natural dependencia del hombre, lo que ha tomado relevancia en la ética postmoderna.²⁹ La comprensión ecológica significa una consideración sistémica de la realidad, poniendo de relieve que, en efecto, el hombre es el centro —querido por Dios— de lo real. En el caso del hombre

cultivar la tierra no significa abusar de ella y destruirla, sino mejorarla, darle una fuerza mayor y la plenitud del ser. Así pues, no sólo nuestros prójimos, sino que tampoco la naturaleza material debe reducirse a un mero instrumento pasivo de producción económica o explotación. La naturaleza [...] tiene derecho a nuestra ayuda para su transformación y elevación.³⁰

La introducción del aspecto moral conduce a un abordaje de la ecología desde una perspectiva teológica, como se verá.

Hacia una concepción integral de la ecología

La doctrina social de la Iglesia, como corresponde a su magisterio, nos ha venido alertando sobre la verdadera raíz del problema ecológico, que está en relación con la dignidad humana. Los deberes para con el medio ambiente están relacionados con los deberes para con la persona, considerada tanto en su profundidad metafísica como en su manifestación social. Estos deberes no son una opción, sino un imperativo moral, pues «*sin amor a la naturaleza por ella misma no se puede llevar a cabo la organización moral de la vida material*».³¹

En 1987, Juan Pablo II iniciaba la reflexión sobre la ecología aludiendo a sus raíces teológicas:

la limitación impuesta por el mismo Creador desde el principio, y expresada simbólicamente con la prohibición de «comer del fruto del árbol» (cf. Gen 2, 16 s.), muestra claramente que, ante la naturaleza visible, estamos sometidos a leyes no sólo biológicas sino también morales, cuya transgresión no queda impune. Una justa concepción del desarrollo no puede prescindir de estas consideraciones —relativas al uso de los elementos de la naturaleza, a la renovabilidad de los recursos y a las consecuencias de una industrialización desordenada—, las cuales ponen ante nuestra conciencia la dimensión moral, que debe distinguir el desarrollo.³²

Algunos años después, con motivo del centenario de la *Rerum Novarum*, continuaba:

además de la destrucción irracional del ambiente natural hay que recordar aquí la más grave aún del ambiente humano, al que, sin embargo, se está lejos de prestar la necesaria atención. Mientras nos preocupamos justamente, aunque mucho menos de lo necesario, de preservar los «hábitat» naturales de las diversas especies animales amenazadas en extinción, porque nos damos cuenta de que cada una de ellas aporta su propia contribución al equilibrio general de



la tierra, nos esforzamos muy poco por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica «ecología humana».³³

En efecto, «la supresión de la noción de naturaleza humana implica también la desaparición de las diferencias entre la persona y la naturaleza material».³⁴ Así, Juan Pablo II ya alertaba a los empresarios de algo que el Papa Francisco retoma, como se verá más adelante, con más fuerza: «las decisiones, gracias a las cuales se constituye un ambiente humano, pueden crear estructuras concretas de pecado, impidiendo la plena realización de quienes son oprimidos de diversas maneras por las mismas».³⁵

Benedicto XVI, en consonancia con su antecesor, manifestó su preocupación por la defensa del medio ambiente en una perspectiva personalista,³⁶ a la que llama *ecología humana*:³⁷ «es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma».³⁸ Sin menospreciar el cuidado del medio ambiente y destacando la necesidad de ofrecer soluciones técnicas, científicas y tecnológicas, insiste en la naturaleza moral del problema:

Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero *el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad*. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, *la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental*. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. *El libro de la naturaleza es uno e indivisible*, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, *el desarrollo humano integral*. Los deberes que tenemos con el ambiente están

relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad.³⁹

Por último, Benedicto XVI resalta la necesidad de que «exista una especie de ecología del hombre bien entendida»;⁴⁰ hace mención a la unidad de las virtudes: de la misma manera que el debilitamiento de una virtud pone en peligro a las demás, el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza.⁴¹ Además de proteger los dones de la creación comunes a todos (la tierra, el agua y el aire), se debe proteger al hombre de la destrucción de sí mismo.⁴²

La publicación, en 2015, de la primera carta encíclica de Francisco, *Laudato Si*, fue lo que revolucionó la opinión pública respecto de este tema. Con el subtítulo «Sobre el cuidado de la casa común», el nombre de esta encíclica hace referencia al famoso cántico franciscano o himno a la Creación de Dios, conocido como el *Cántico del hermano Sol*. Francisco ya había despertado polémica con su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* que, a pesar de no ser un documento de doctrina social, llamaba a la reflexión sobre la pobreza, la injusticia social y la adoración del dinero. De modo especial, se resalta la indiferencia ante el sufrimiento humano:

Casi sin darnos cuenta nos hacemos incapaces de experimentar compasión ante el grito de dolor de los demás, dejamos de llorar ante el drama de los otros, y ni nos interesa siquiera preocuparnos por ellos, como si todo eso fuese una responsabilidad extraña a nosotros y que no nos atañe. La cultura del bienestar nos anestesia.⁴³

Fuertemente criticado por el liberalismo económico, el mensaje papal aboga por la equidad planetaria, resaltando el destino común



de los bienes como primer principio de todo el ordenamiento ético social, dado que la tierra es «herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos». ⁴⁴ Es por ello que «todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados». ⁴⁵ Quienes encuentran en esta denuncia un sabor «tercermundista» o cercano a la teología de liberación, olvidan que ya sus predecesores acusaban esta inequidad, en especial Benedicto XVI, quien condenó el «superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora». ⁴⁶

Con el lenguaje sencillo y concreto que lo caracteriza, Francisco emplaza el problema ecológico en clave antropológica:

Si tenemos en cuenta que el ser humano también es una criatura de este mundo, que tiene derecho a vivir y a ser feliz, que además tiene una dignidad especialísima, no podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas. ⁴⁷

Desde una perspectiva integral, la cultura ecológica no puede limitarse a una serie de medidas parciales en torno de la degradación del ambiente, sino que debe ser «una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático». ⁴⁸ Este programa es una llamada a la renovación, pues «no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología»; ⁴⁹ además, es «inseparable de la noción de bien común». ⁵⁰

Este enfoque, al que Francisco llama *ecología integral*, ⁵¹ apunta a soluciones que presuponen una visión más amplia de la realidad, y que «requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza». ⁵² La desorientación moral que nos legó

la Modernidad ha encontrado en la voz de la Iglesia —de modo especial en los tres últimos pontificados— una brújula cuyo centro son las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que no es otra cosa que un llamado a imitar a Cristo Rey con todo lo que supone nuestra humanidad y perseverar en la construcción del Reino.

Conclusión

«Ha llegado el momento de volver a prestar atención a la realidad con los límites que ella impone, que a su vez son la posibilidad de un desarrollo humano social más sano y fecundo». ⁵³ Francisco, cabeza de la Iglesia, nos está llamando a una conversión. Así como tras el alejamiento moderno de Dios devino una racionalidad que lesionó las relaciones fundamentales del hombre (con la naturaleza, con sus hermanos), el cuidado de estas relaciones se convierte en una alabanza a Dios mismo. Como lo que se pretende es restaurar tales interrelaciones en el orden verdadero, podemos decir que dicha conversión es *ecológica* y, como tal, transforma la economía, cuya etimología remite a la *administración del hogar*. El «cuidado de la casa común» es el sentido más profundo de la actividad económica.

Bergoglio ha elegido la mejor manera de invitar a esta conversión: el ejemplo. Sus primeras palabras como sumo pontífice fueron: «*vocabur Franciscus*». ⁵⁴ Por primera vez en la historia de la Iglesia, un papa elige este nombre que, en este caso, comparece como una revelación:

Francisco es el nombre de la paz. Y *así surgió el nombre en mi corazón*: Francisco de Asís. Es para mí el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia lo creado; en este momento, tampoco nosotros tenemos una relación demasiado buena con lo creado, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz. El hombre pobre. ¡Ah, como me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres! ⁵⁵



Notas

1. Benedicto XVI: «Discurso al tercer grupo de obispos de Canadá en visita *ad limina*», 8 de septiembre de 2006.
2. Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* 31.
3. *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 355 a 358. «El hombre es la «única criatura en la tierra a la que Dios amó por sí misma» (Juan Pablo II: *Gaudium et Spes* 24,3), «capaz de conocer y amar a su Creador» (Juan Pablo II: *Gaudium et Spes* 12,3).
4. C. Goñi: *La ética borrosa. Sobre la necesidad de la reflexión y el silencio*, p. 167.
5. M. Martínez Echevarría: «La empresa como problema ecológico» en J. Ballesteros y J. Pérez Adán (eds.): *Sociedad y medio ambiente*, p. 109.
6. De modo especial, Platón plantea en *La República* los problemas que la moneda, símbolo del intercambio, presenta para el bien común; también lo hace Aristóteles en el primer capítulo de su *Política* y en el quinto de su *Ética*. Véase Scalzo, G.: «Génesis del pensamiento económico: dos visiones en pugna» en *Cauriensia*, vol. IX.
7. Aristóteles: *Política*, 1257a.
8. Aristóteles: *Política*, 258b.
9. Ver J. M. Keynes: *Economics Possibilities for our Grandchildren*, IX, en *The Collected Writings*.
10. J. Ballesteros: *Ecologismo personalista*, p. 14. Este modo de pensar encuentra su génesis en la desconfianza de la realidad y el consecuente rechazo al realismo que supone el nominalismo. Bacon consideraba que la «obscuridad de la naturaleza» imposibilitaba el progreso y que era necesario una «reconstrucción total de la ciencia, las artes y el conocimiento humano sobre fundamentos adecuados». M. A. Gillespie: *The Theological Origins of Modernity*, p. 37.
11. M. Martínez Echevarría: *El futuro de la empresa*, p. 22.
12. A. Smith: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, libro I, capítulo 1.
13. M. Martínez Echevarría: «La empresa como problema ecológico» en J. Ballesteros y J. Pérez Adán (eds.), *Sociedad y medio ambiente*, p. 122.
14. M. Martínez Echevarría: *El futuro de la empresa*, p. 24.
15. M. Martínez Echevarría: «La empresa como problema ecológico» en J. Ballesteros y J. Pérez Adán (eds.), *Sociedad y medio ambiente*, p. 118.
16. F. Schiller: *La educación estética del hombre*, apud J. Ballesteros: *op. cit.*, p. 13).

17. F. Cairncross: *Green, Inc: Guide to Business and the Environment*; M. Porter y M. Kramer: «Philanthropy's New Agenda: Creating Value», *Harvard Business Review*, nov–dec.
18. M. Martínez Echevarría: «La empresa como problema ecológico» en J. Ballesteros y J. Pérez Adán (eds.): *Sociedad y medio ambiente*, p. 108.
19. *Catecismo de la Iglesia Católica* (Juan Pablo II: *Gaudium et Spes* 63).
20. Esto introduce el tema de la misericordia, en el que —a pesar de ser de gran interés—, no es posible profundizar en este trabajo.
21. A. Ruiz Retegui (1987), «Fundamentos éticos de la relación del hombre con la naturaleza» en vv.AA.: *Deontología biológica*, pp. 246–252.
22. Véase A. MacIntyre: *After Virtue*; L. Polo: *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*; y P. Regojo: *Ética para directivos y consejeros: cómo construir empresas excelentes y socialmente responsables*.
23. D. Melè: *Business Ethics in Action: Seeking Human Excellence in Organizations*, pp. 75–78.
24. Vladimir Soloviev, amigo cercano de Dostoievski, aparece personificado en *Los hermanos Karamazov* como Aliosha, el hombre íntegro que unifica sapiencialmente la escisión característica de la época moderna. Ver H. de Lubac: *El drama del Humanismo ateo*, p. 305; y la presentación de Francisco J. López Sáez en V. Soloviev: *La justificación del bien. Ensayo de filosofía moral*, p. 9.
25. V. Soloviev: *La justificación del bien. Ensayo de filosofía moral*, p. 544.
26. *Idem*, p. 249.
27. *Idem*, p. 253.
28. *Idem*, p. 544.
29. Ver, por ejemplo, A. MacIntyre: *Dependent Rational Animals. Why Human Beings Need the Virtues*.
30. V. Soloviev, *op. cit.*, p. 411.
31. *Ibidem*.
32. Juan Pablo II: *Sollicitudo rei sociales* 34.
33. Juan Pablo II: *Centesimus Annus* 38.
34. M. Fazio: *Dad al César lo que es del César*, p. 50.
35. Juan Pablo II: *Centesimus Annus* 38.
36. *National Geographic* se refirió a él como el primer «Papa verde». *First Green Pontiff*, 28 de febrero de 2013.
37. Ver M. Fazio: *op. cit.*, p. 51ss.
38. Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* 48.
39. Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* 51. El destacado es propio.
40. Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* 53.



41. *Ibidem*
42. *Ibidem*
43. Francisco I: *Evangelii Gaudium* 54. A. Tornielli y G. Galeazzi: *Esta economía mata. El capitalismo y su justicia social*, p. 55.
44. Francisco I: *Laudato Si* 93.
45. *Ibidem*.
46. Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* 22.
47. Francisco I: *Laudato Si* 43.
48. Francisco I: *Laudato Si* 111.
49. Francisco I: *Laudato Si* 118, 141.
50. Francisco I: *Laudato Si* 156.
51. Francisco I: *Laudato Si* 137.
52. Francisco I: *Laudato Si* 139.
53. Francisco I: *Laudato Si* 11.
54. *Idem*, p. 16
55. *Ibidem*. El destacado es propio.

Referencias

- Aristóteles: *Política*, Gredos, Madrid, 1988.
- BALLESTEROS, Jesús: *Ecologismo personalista*, Tecnos, Madrid, 1995.
- Benedicto XVI: *Caritas in Veritate*.
- _____: *Discurso al tercer grupo de obispos de Canadá en visita ad limina, 8 de septiembre de 2006*.
- Catecismo de la Iglesia Católica*
- Cairncross, Frances: *Green, Inc: Guide to Business and the Environment*, Earthscan, London, 1995.
- FAZIO, Mariano: *Dad al César lo que es del César*, Rialp, Madrid, 2012.
- Francisco I: *Evangelii Gaudium*.
- _____: *Laudato Si*.
- GILLESPIE, Michael Allen: *The Theological Origins of Modernity*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2008.
- GOÑI, Carlos: *La ética borrosa. Sobre la necesidad de la reflexión y el silencio*, Palabra, Madrid, 2010.
- HERNÁNDEZ Urigüen, Rafael: *Juego, ecología y trabajo. Tres temas teológicos desde las enseñanzas de San Josemaría Escrivá*, EUNSA Astrolabio, Madrid, 2011.
- Juan Pablo II, *Centesimus Annus*.
- _____: *Gaudium et Spes*.
- _____: *Mensaje para la XLIII Jornada Mundial de la Paz*
- _____: *Sollicitudo Rei Socialis*.

- KEYNES, John M.: *Economics Possibilities for our Grandchildren*, ix, en *The Collected Writings*, MacMillan, Londres, 1972.
- LEWIS, Clive S.: *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid, 1990.
- LUBAC, Henry de: *El drama del Humanismo ateo*, Encuentro, Madrid, 2012.
- MACINTYRE, Alasdair: *Dependent Rational Animals. Why Human Beings Need the Virtues*, Open Court, Chicago, 1999.
- _____: *After Virtue*, Duckworth, London, 2007.
- MARTÍNEZ Echevarría, Miguel Alfonso: *El futuro de la empresa*, Editorial UCA, Buenos Aires, 1995.
- _____: «La empresa como problema ecológico» en J. Ballesteros y J. Pérez Adán (eds.): *Sociedad y medio ambiente*, Trotta, Madrid, 1997.
- MELÈ, Doménec: *Business Ethics in Action: Seeking Human Excellence in Organizations*, Palgrave Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, 2009.
- POLO, Leonardo: *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, Aedos, Madrid, 1997.
- PORTER, Michael y Kramer, Mark: «Philanthropy's New Agenda: Creating Value», *Harvard Business Review*, Nov–Dec, 1999.
- REGOJO, Pedro: *Ética para directivos y consejeros: cómo construir empresas excelentes y socialmente responsables*, EUNSA, Pamplona, 2014.
- RUIZ Retegui, Antonio: «Fundamentos éticos de la relación del hombre con la naturaleza» en vv.AA. *Deontología biológica*, Facultad de Ciencias de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1987.
- SCALZO, Germán: «Génesis del pensamiento económico: dos visiones en pugna» en *Cauriensia*, vol. ix, 2014, pp. 341–374.
- SMITH, Adam: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- SOLOVIEV, Vladimir: *La justificación del bien. Ensayo de filosofía moral*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002.
- TORNIELLI, Andrea y Giacomo Galeazzi: *Esta economía mata. El capitalismo y su justicia social*, Palabra, Madrid, 2015.